



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 12. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos a 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 18 DE MARZO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Actualmente el tiempo ha seguido en estos días malísimo en el Estrecho y en la costa de África, y las tropas han tenido que consumir para su subsistencia los repuestos que se habían acopiado para su marcha sobre Tánger.

Los camellos comprados en Oran, en vez de pasearse por el interior de Marruecos, se pasean por las agitadas olas del Mediterráneo, hoy á la vista de Algeciras, mañana á la de Tetuan, pasado mañana en Puente Mayorga, sin hallar medio de saltar en la deseada tierra. En Tetuan un temporal furioso de agua y viento ha venido á recordar á nuestros valientes las penalidades del Serrallo y de la marcha por Sierra Bullones. El 10 cesó el mal tiempo y todos los buques que estaban al abrigo de Puente Mayorga acudieron presurosos á la ría del Guadaljélu para alijar su carga; pero hasta el 13 poco se había adelantado en las operaciones de desembarco á causa de la mucha mar y del recio viento del Oeste.

Mencionamos en nuestro número anterior los rumores de paz que habían corrido en vista de la inacción del ejército y de algunos artículos publicados en un periódico sobre la conveniencia de abandonar á Tetuan. Aquellos rumores no tenían sólido fundamento: la inacción de las tropas era consecuencia necesaria de la precisión de hacer grandes preparativos para penetrar en el interior, y hoy lo es de los temporales que han retrasado el abastecimiento del ejército; y en cuanto á las indicaciones de un periódico, se sabe ya que eran efecto de una opinión aislada, aunque respetable como todas las opiniones, y que acaso no estaba espresada de la manera y con las circunstancias que hubieran sido de ape-

tecer y que estaban en los ánimos de sus autores. De esta opinión no ha participado el gobierno, y los hechos posteriores han venido á relegarla, á lo menos por ahora, al olvido.

Ha habido en efecto hechos posteriores que borran cuanto se ha podido decir hasta el presente en la cuestión. Los marroquíes en fuerza considerable, auxiliados por las kabilas del frente de Melilla y apoyados en los estribos de Sierra Bermeja, atacaron el día 11, es decir, apenas cesó el temporal, los campamentos de nuestras tropas situadas al Sur de Tetuan. Este ataque ¿estaba mandado por Muley-Abbas? ¿provenía de su ejército, de ese ejército que se nos decía atrincherado en el Fondac, ó era solamente efecto del hervor guerrero de las kabilas acabadas de llegar de un punto en donde consiguieron hace un mes una pequeña ventaja merced á una complicación desdichada de circunstancias? No lo sabemos todavía: el parte telegráfico que dió cuenta de la acción no se estiende á mas esplicaciones. Solo dice que nuestras tropas con su denuedo acostumbrado, después de rechazar el brusco ataque de los marroquíes, tomaron á su vez la ofensiva, y apoderándose sucesivamente de todas las posesiones del enemigo, lo persiguieron con ardor por espacio de legua y media, causándole una pérdida considerable.

Sea de esto lo que quiera, ya fuesen las tropas de Muley-Abbas las que atacaron unidas á las kabilas, ya fuesen otras tropas allegadizas formadas de los serranos de los aduares inmediatos, es lo cierto que el escarmiento que recibieron fue terrible y que al día siguiente se presentó en el cuartel general un enviado del príncipe con proposiciones formales de paz. Este enviado era Ahmed-el-Chabli y llevaba una carta de Muley-Abbas para el general O'Donnell en que le decía que oyese lo que en beneficio de la paz y de los intereses de ambas naciones tenía que manifestarle de su parte el mensajero.

El general O'Donnell oyó lo que el moro tenía que esponer de parte de su califa, el cual espresaba el deseo de abrir de nuevo las negociaciones pacíficas. No sabemos cuál fue la respuesta del general en jefe; pero debió de admitir la idea de entrar en conferencias sobre la paz pues que añadió que no suspendería las operaciones mientras las negociaciones no diesen un resultado positivo. Está, pues, reconocido oficialmente que hay negociaciones, aunque hasta ahora no son de tal naturaleza que hayan dado lugar á una suspensión de hostilidades.

Si los moros proponen otra vez la paz, es de creer que se hallen dispuestos á admitir las condiciones que al principio se establecieron por el general en jefe, ó á lo menos las mas esenciales de ellas, en cuyo número contamos la conservación de Tetuan. Esperemos, sin embargo, nuevos pormenores para juzgar con mayor conocimiento de causa.

Después de muchas vicisitudes, muchas notas y propuestas, muchos folletos, proyectos y contraproyectos para dar solución á la cuestión de Italia, esta cuestión ha entrado en una faz que promete conducir al fin al desenlace. Acordado entre Inglaterra y Francia que estas potencias no intervendrán en la decisión de la suerte de los pueblos de la Italia central, ni permitirán que ningun otro país intervenga, el conde de Cavour, ministro de Cerdeña ha aprovechado la ocasión para llamar á los habitantes de Toscana, Módena, Parma y la Romanía á votar por el sufragio universal su agregación á la monarquía sarda ó su constitucion en Estados independientes. El 11 del corriente comenzaron las elecciones que duraron hasta el 13: el entusiasmo por la agregación era grande: hasta las señoras llevaban cintas con los colores nacionales italianos en las cuales se leía la palabra anexion. No se duda por nadie del resultado del voto popular y una vez conseguido este resultado las tropas sardas se disponen para entrar en los diversos territorios y confundirse allí con el resto del ejército. Inmediatamente se nombrarán senadores y diputados de las nuevas provincias que tomen asiento en el parlamento de Turin y el hecho quedará consumado.

En cambio de estas provincias que gana la Cerdeña, está próxima á perder la Saboya y Niza, cuna de la casa reinante. Napoleon ha dicho que si en su frontera se forma un reino tan poderoso como el que va á formarse, la Francia necesita para su seguridad las vertientes de los Alpes; y en un discurso á su cuerpo legislativo ha hablado de *revindicar* las fronteras naturales. El verbo *revindicar* ha dado mucho que hacer á los políticos que consultan á estas fechas por un lado el diccionario de la lengua y por otro el de la historia: el parlamento inglés se ha conmovido, pero no ha creído que el negocio era *cosus belli*; el gabinete austriaco calla, aguanta y se prepara, y entretanto el gobierno sardo, que por el principio del sufragio universal y de la autonomia de los pueblos, se agrega varios territorios, no puede ni procura impedir que ese principio se aplique tambien en Niza y Saboya. Asi pues, uno y otro pueblo serán llamados tambien por el voto universal á resolver si han de continuar

Formando parte de la monarquía sarda ó se han de agregar al imperio francés. Se cree que preferirán esto último.

Se ha recibido la noticia del convenio hecho por Don Benito Juárez, uno de los que se disputan la presidencia de la desdichada república de Méjico, con el representante de los Estados Unidos en Vera-Cruz. D. Benito Juárez está como encerrado en esta ciudad, mientras su competidor Miramón tiene á Méjico de donde se preparaba á salir con seis mil hombres para sitiario. En este apuro y en el que debe tener de metálico, Juárez ha ajustado con el enviado anglo-americano un pacto por el cual los Estados Unidos le darán 2.000,000 de duros y en cambio tendrán sus mercancías libres de derechos y se les dará en toda propiedad el tránsito por el Istmo de Tehuantepec hasta el estado de Sinaloa y el del territorio que media entre el Rancho de los Nogales hasta el Estado de la Sonora: dos caminos por el interior de Méjico para el golfo de California. Los Estados Unidos se obligan además a socorrer con tropas á Juárez para asegurar la ejecución de este tratado que se halla ahora sometido para su aprobación al congreso de Washington. Este pacto se ha considerado generalmente como una venta de territorio hecha por 2.000,000 de duros. Sin embargo, Juárez ha protestado en nombre de la dignidad nacional contra el tratado hecho por el gobierno de Miramón con España, en el cual no se estipula sino que sigan en vigor los convenios existentes sobre la deuda española y se indemnice á los españoles perjudicados en los delitos y excesos de S. Vicente Chiconcuague y S. Dimas. Esta diferencia de conducta debe consistir en la idea que Juárez y su ministerio se hayan formado del honor y de la dignidad nacional: crearan tal vez que se puede hacer la vista gorda teniendo presentes 2.000,000 de duros, y que no se puede tener sino vista de lince cuando se trata de indemnizar á los perjudicados con dinero de casa. Acaso crearan que lo que se da mancha la dignidad nacional y no lo que se recibe, y que como decía Quevedo:

Mas cuerno es el que paga que el que cobra.

Los periódicos vienen ponderando las habilidades de Mr. Hermann, y entre ellas hemos leído algunas de que ya se nos ha hablado muchísimas veces con referencia á otros jugadores de manos. Se dice que Mr. Hermann llamó á un huevero (ó huevera que es lo mismo para el caso), y le preguntó el precio; que rompió uno y halló una doblilla de 5 duros, ó una guinea ó un Luis, según el país de que se habla; que el huevero viendo lo que contenía su hacienda no quiso vender mas y los rompió todos por sí, y últimamente que Hermann le dió la doblilla ó la guinea ó el Luis, en pago de toda la mercancía. Esta misma anécdota la hemos oído referir de Macallister, de Bosco y de tutti quanti, prestidigitadores que se han presentado.

En los teatros nada nuevo: la Matilde se ha hecho afaudir en el Príncipe en la *Escuela de las Coquetas*.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

(EL CID.)

Ningun héroe ha alcanzado en España mas grande y justa celebridad que el Cid. Nacido en la época azarosa en que las huestes sarracenas se enseñoreaban de las dos terceras partes de nuestra península; apenas pudo sostener una espada lanzándose á la carrera de las armas y dió principio á sus prodigiosas hazañas robusteciendo el poder en la parte de territorio que conservábamos y ensanchando los límites de los reinos de Leon y Castilla. La poesía popular halló en sus hechos asunto abundantísimo para sus cantos, la religión cristiana un baluarte inespugnable, y la juventud un modelo de virtud, caballerosidad y bizarría.

Nació en Búrgos por los años de 1025 de una de las primeras familias de Castilla. La primera vez que le nombran las crónicas y romances es refiriendo el agravio que su padre Diego Laines recibió del conde D. Gomez Lozano. El pobre anciano viendo su rostro mancillado por la mano del conde y no permitiéndole sus años tomar venganza, acude á sus hijos y el menor de ellos, Rodrigo, jura lavar la ofensa, reta al conde, le vence en igual combate y presenta al anciano la cabeza ensangrentada del conde.

Desde entonces voló su fama por todos los ámbitos de Castilla, sus entradas en tierras de moros, los ardióes que empleaba para vencerles y el ardor que mostraba en los combates, le conquistaron un renombre que lejos de menguarse en ningun caso fue en aumento hasta la muerte de este héroe extraordinario.

Apaciguadas las desavenencias de Castilla, revolvió Rodrigo contra los moros sus naturales enemigos y alcanza una victoria en Montes de Oca quedando prisioneros en su poder cinco reyes moros; este hecho le valió el sobrenombre de Cid, que en árabe significa señor. Los moros quedaron sus tributarios de allí adelante.

Ocurrió por entonces que el rey Fernando de Castilla tomó el título de emperador, determinación que ofendió al de Alemania Enrique II, quien recurrió al Papa á fin de que hiciese saber al de Castilla que estaba obligado á dar al César lo que era del César, esto es, á rendirle parias y tributo. Juntó D. Fernando los grandes del reino para consultarles y opinaron varios que debía rendirse al vasallaje; levantóse entonces el Cid y habló de modo que el rey se decidió por la negativa. Los romances de aquel tiempo ponen en boca del Cid los siguientes versos.

Rey Fernando, vos nacistes
En Castilla en fuerte día;
Si en vuestro tiempo ha de ser
A tributo sometida,
Lo cual nunca fue hasta aquí:
Gran deshonra nos sería,
Cuanta honra Dios vos dió
Si tal faceis es perdida.
Quien eso vos aconseja
Vuesa honra non querría,
Ni de vuestro señoría
Que á vos, rey, obedecía.
Enviad vuestro mensaje
Al Papa y á su valía
Y á todos desafiad
De vuesa parte é la mía.
Pues Castilla se ganó
Por los reyes que ende habia:
Ninguno nos ayudó
De moros á conquerilla.
Mucha sangre les costó
La vida me costaría
Antes que pagar tributo
Pues á nadie se debía.
El rey lo tuvo por bien
Lo que el buen Cid le decía etc.

Tomada tan digna resolución, que debía sostenerse con las armas partió el Cid al frente de diez mil lanzas y pasando el Pirineo, le salió al encuentro un poderoso ejército mandado por Raimundo de Saboya y compuesto de alemanes y franceses; dióse la batalla y aunque las fuerzas contrarias eran superiores y los enemigos peleaban con el denuedo que les daba la seguridad de que el territorio era suyo, quedaron rotos y vencidos y el de Saboya en poder de Rodrigo. Tratóse del rescate, y hecho juramento de que jamás haría armas contra España, obtuvo su libertad dando en rehenes á una hija que tenía de singular hermosura, de la cual enamorado el rey tuvo de ella un hijo que fue cardenal andando el tiempo. Prosiguió su marcha el vencedor; y como otro ejército francés le saliese al encuentro, lo deshizo como el primero, sabido lo cual por el Papa y el emperador, le enviaron un mensaje para que detuviese su marcha, pues estaban ambos conformes en que D. Fernando llevase el título de emperador sin dar á nadie cuenta de sus actos ni pagar tributo, ni rendir vasallaje á ningun príncipe extranjero. De este modo, por el arrojado de un solo hombre, se conquistó la independencia de Castilla.

Es digno de mención el singular casamiento del Cid con doña Ximena la hija del conde Lozano, muerto á manos de aquel. Las crónicas y romances están acordes en este hecho, pero suponen muchos que la misma dama pidió al rey la mano del Cid con estas palabras.

Fija soy yo de D. Gomez
Que en Gormaz condado habia:
Don Rodrigo de Vivar
Le mató con valentía.
La menor soy yo de tres
Hijas que el conde tenia,
Y vengo á os pedir merced
Que me hagais en este día,
Y es que aquece D. Rodrigo
Por marido yo os pedia.

Otros romances escriben que el Cid notando la tristeza de Ximena al tiempo de darle la mano le dijo:

Maté á tu padre, Ximena;
Pero no á desaguizado,
Matéle de hombre á hombre
Para vengar cierto agravio.
Maté hombre y hombre doy:
Aquí estoy á tu mandato
Y en lugar del muerto padre
Cobraste marido honrado.

Celebráronse las bodas en Búrgos con gran aparato y fiestas públicas que costearon los reyes como padrinos, llevándose á los novios á comer á su palacio y haciéndoles riquísimos presentes de pieles preciosas y vajillas.

Al par que eternas discusiones de los moros debilitaban sus fuerzas y poderío en el territorio que pisaban, aumentaba la preponderancia de Castilla con los triunfos del guerrero conocido ya en toda Europa con el nombre de *El Cid*. Los reyes de Sevilla y Córdoba pagaban ya tributo á los cristianos. Sostenían guerra asoladora uno contra otro los reyes de Granada y Sevilla. Salieron los mas afamados guerreros de la primera ciudad camino de Sevilla auxiliados de muchos caballeros cristianos. Salióles al encuentro el Cid intimándoles que respetasen al de Sevilla aliado de su rey, pero el fogoso es un iron

desprecia las amonestaciones y entra en el territorio enemigo á sangre y fuego. El Cid reúne sus huestes, derrota á los moros y entra en Sevilla cargado de despojos al frente de sus tropas, seguido de un gran número de prisioneros.

El ardor belicoso de Fernando no daba un instante de respiro en las cosas de la guerra, el Cid le seguía á todas partes secundaba sus miras, disponía y ordenaba las expediciones y rara vez dejaba la victoria de coronar sus nobles esfuerzos, extendiendo sus correrías hasta el reino de Valencia y haciendo tributarios de Castilla á varios reyes moros. La muerte sorprendió al monarca en Leon en 1073 y habiendo dividido el reino entre sus cinco hijos D. Sancho, D. Alonso, D. García, doña Urraca y doña Elvira dió margen á que la ambición del primero sumiera al estado en las mas desastrosas calamidades.

Un solo hecho empañó como leve sombra la vida del Cid, y es el haber servido á D. Sancho en la guerra injusta, cruel y feroz que este monarca emprendió contra sus hermanos hasta despojarles de sus reinos. No se halla completamente probado, si bien lo refieren algunos autores, que Rodrigo representase al rey lo injusto de sus pretensiones, lo cual acarrió á este héroe en concepto de aquellos la caída de su privanza y el destierro; lo mas probado es que ayudó al rey en tan odiosa empresa; así lo hallamos confirmado en varias historias y en todos los romances de la época; pero en el episodio de la guerra contra doña Urraca, el Cid se mantuvo al lado de D. Sancho tomando una parte puramente pasiva y conciliadora sin querer sacar jamás su espada contra una dama.

Muerto D. Sancho en el cerco de Zamora á manos del traidor Vellido Dolfos no quiso el Cid servir á D. Alonso ni aun rendirle obediencia, sin que este monarca se justificase en público de no haber sido quien movió el brazo del regicida. Se avino el rey á jurar su inocencia, y al efecto, reunidos los grandes de la corte en Santa Gadea de Búrgos, puso las manos sobre un misal abierto y el Cid le preguntó: *¿Jurais, rey D. Alonso, que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho por mandato ni por consejo?* Otorgó el monarca el juramento por dos veces si bien guardó en su pecho el rencor contra el que le hacía pasar por tal afrenta. No tardó mucho en hacer patente este odio aun á riesgo de pasar por injusto, pues habiendo el Cid en ausencia del monarca vencido á los moros de Aragon, revolvió contra los de Toledo y se trajo prisioneros hasta siete mil. El rey moro de la imperial ciudad era aliado del de Castilla y de aquí tomaron pretexto las iras de Alfonso para desterrarle de sus Estados. El Cid no habia hecho mas que castigar la audacia de los moros, quienes no obstante los pactos de alianza molestaba á los cristianos y entraban en sus tierras, si no en son de guerra, con armas y pertrechos para la defensa.

Errante y desvalido el primer paladín de Castilla, el espejo de los hombres de guerra, el alma de todas las empresas belicosas, el ídolo de las damas, no es posible seguirle en todas las aventuras que le hacen figurar las crónicas, historias y romances. Presentóse á los reyes moros de Córdoba y Sevilla, quienes le acogieron con las mayores distinciones, confiándole sus ejércitos en las guerras civiles que constantemente alimentaban. El Cid alcanzó una señalada victoria contra el rey de Granada y esto le valió el sobrenombre de *Campeador*.

Pasó despues á Zaragoza, cuyo rey moro le otorgó las riendas del gobierno y la tutela de su hijo. Poco tiempo bastó para que su sabia administracion y direccion en los negocios de la guerra pusieran en aprieto al rey don Alonso hasta el punto de enviar un mensaje al Cid brindándole con su privanza que aceptó el guerrero pasando á Castilla con mil hombres de armas sustentados á su costa; pero la envidia le dejó tranquilo poco tiempo, pues inclinando en su daño los palaciegos el ánimo del rey, fue desterrado segunda vez, separándole de su mujer é hijos y secuestrándole todos sus bienes.

Siguieron al Cid sesenta caballeros las mejores lanzas del ejército cristiano, y rompió por el reino de Toledo, ganando el castillo de Alcocer, donde quedaron en su poder multitud de cautivos, caballos y preseas que mandó al rey; cuyo hecho refieren los romances, así.

Aqueste presente lleva
Ordoño, su gran privado
El cual dice el rey Alfonso:
—El Cid, tu leal vasallo,
Este presente te envía
Aunque aun está desterrado.
El rey lo agradece mucho
Y dice: el destierro abro
Al Cid, porque lo merece
Su noble y fidalgo trato.

Por este tiempo Raimundo III, conde de Barcelona enemistado grandemente con Rodrigo, le mandó un cartel de desafío de poder á poder, lance que el héroe esquivó por no dar escándalo, pero que no pudo evitar por la obstinacion del retador. Dada la batalla quedó la victoria por el Cid con prision del conde, pero habiéndole puesto en libertad generosamente quedó obligado y fueron amigos de allí adelante.

Las conquistas de este campeón en tierra de moros eran rápidas y numerosas; en poco tiempo ganó á Ali-

cante, Xérca, Almería y Onda, haciéndole el rey merced de las villas de Bribiesca, Berlanga, y Arceneja; á pesar de todo, el rey Alfonso á quien la historia ha dado justamente el nombre de bravo, no podía sufrir á su lado á un héroe á quien la multitud aclamaba como al libertador de la patria, y tercera vez, dando rienda á sus rencores, intento perderle y al efecto dió la orden de prision, que Rodrigo esquivó desapareciendo con su gente del real castellano. Tal conducta por parte del rey, es indigna é incomprensible en quien como este monarca gozaba justamente fama de justo, liberal y esforzado. Cuando la envidia llega á albergarse en el corazón del hombre, le arrastra á su pesar á todo género de injusticias contra el objeto que mueve sus rencorosas iras. Rodrigo, empero, fuerte y esforzado, así en la fortuna como en la adversidad no abandonó un punto el camino por donde se había propuesto caminar en daño del comun enemigo; dirigióse pues á Valencia, cuya conquista meditaba y fortificóse en Jubbala, como centro de sus operaciones. Comenzó el sitio con todas las reglas del arte, ordenó varios ataques que fueron desesperados y sangrientos. Pasaban meses, crecía el hambre de los sitiados y se multiplicaban los ataques. Los moros esperaban socorros que venían tarde y siempre eran ineficaces; por último, desesperados, entregaron la ciudad, y el Cid, añadió á sus triunfos la conquista de Valencia de tanta importancia en aquel tiempo como la de Toledo.

Acudió gran muchedumbre de moros desde Marruecos capitaneados por Juzeph con número hasta de cincuenta mil, y saliéndoles al encuentro el Cid, los desbarató haciendo embarcar á su caudillo para Africa y mandando al rey don Alonso doscientos treinta caballos enjaezados, que fueron despojo de la batalla. Acudió despues el rey Bucar con triplicadas fuerzas mandadas por caudillos famosos que venían al frente de sus soldados entonando himnos de victoria. Rodrigo aprestó su gente, salió en su busca y le venció y mató en singular batalla, destrozando despues á su ejército.

Tantas y tan señaladas victorias dieron al Cid tal preponderancia, que los infantes de Carrion solicitaron en lazarse con sus dos hijas. Verificáronse las bodas con grandes fiestas, si bien no con cabal alegría por parte de nuestro héroe, pues sabia que los con les eran tildados de cobardes. Los hechos de armas que sobrevinieron despues confirmaron los dichos del vulgo, pues los infantes quedaban siempre atrás con vergonzosos pretextos. Por último no pudiendo soportar las burlas de que eran objeto entre los caballeros del Cid, concibieron el infame proyecto de deshonorar á sus esposas. Pretestaron necesidad de volver á su tierra y se aprestaron para la marcha, llevándose á doña Sol y doña Elvira. Habiéndoles cogido la noche en mitad de un bosque, esperaron en él la venida del alba para consumir su abominable proyecto. Cambiando repentinamente su falaz y amoroso lenguaje por los mas groseros denuestos, las despojaron de sus ropas y alhajas, atándolas á los troncos de los árboles y las azotaron con las cinchas de sus caballos. Este hecho indigno de todo hombre bien nacido, se halla confirmado en todos los autores que han escrito la vida del Cid. Los romances dicen:

Por los cabellos las toman,
Habiéndolas desnudado:
Arrastranlas por el suelo,
Triénelas de uno al otro lado,
Dánles muchas espaldas,
En sangre las han bañado:
Con palabras injuriosas
Mucho las han denostado
L's cobardes caballeros,
Y allí se las han dejado,
Diciendo: hijas del Cid,
En vos seremos vengados:
Que vosotras no sois tales
Para con nos vos casaros.

El Cid en un arrebato de justa indignación por tamaño ultraje escribió al rey pidiendo venganza, pues por su mediación y consejo se habían hecho las bodas. Alfonso deseando complacerle juntó córtés en Toledo á las que asistió el padre ultrajado y los infantes ofensores. La asamblea resolvió que los infantes ayudados de García Ordoñez defendiesen su causa en campo abierto contra tres caballeros del Cid, lo que habiéndose verificado en Búrgos triunfó la causa de la razón y la justicia. Mas adelante fueron doña Elvira y doña Sol solicitadas y dadas en matrimonio la primera á don Ramiro hijo del rey de Navarra y la segunda á don Pedro, infante de Aragón.

Entre tanto los moros no cesaban de enviar gente para la reconquista de Valencia, pero Rodrigo venciéndolos juntó á Játiva y apoderándose de Olocan, Almería y Murviedro, acabó de asegurar la posesión de su bella ciudad, que retuvo cinco años hasta el de su muerte, acaciada naturalmente el de 1099. Cuentan historiadores y cronistas que calculando Rodrigo la imposibilidad de conservar á Valencia despues de su fallecimiento ordenó que la abandonasen, y que obedeciendo los cristianos la orden de su señor, quisieron al hacerlo alcanzar una victoria de la morisma. Al efecto vistieron el cadáver del Cid y colocándole sobre su famoso caballo, llamado Babieca, como si estuviese vivo, salieron en son de guerra y dando sobre sus contrarios los desbarataron, puesto que huían espantados á la vista del campeón cuya muerte

ignoraban. Lo mas digno de crédito es que doña Ximena siguió tres años gobernando la ciudad con gran tino y prudencia, hasta que sitiada y apretada por los moros se vió precisada á abandonarla. Sacó dicha señora al retirarse de Valencia el cadáver de su esposo trasladándole al monasterio de Cardeña, junto á Búrgos.

El Cid, como escribe el inmortal Quintana «jamás se cansó de lidiar y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos Estados, azote terrible de otros, eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que á donde quiera que acudiese llevaba consigo la gloria y la fortuna.»

El año de 1809 el general francés Thibaut, admirador de las proezas del Cid en ocasión de visitar su sepulcro temió que fuese maltratado en aquel sitio y concibió el proyecto de trasladarle á Búrgos. Verificóse el acto con toda solemnidad, haciendo á los restos del caudillo los honores de generalísimo, colocándole en las márgenes del Arlanzon, junto á la ciudad bajo un sarcófago elegante y pintoresco. El año de 1824 fue trasladado otra vez á su antigua morada de San Pedro de Cardeña, desde donde en 1842 fueron sacados sus huesos y depositados con los de su esposa en las casas consistoriales de Búrgos, en un oratorio donde yacen colocados en una caja de madera perfectamente construida.

En el monasterio de Cardeña cerca del sepulcro del Cid, hay un epitafio antiquísimo que dice:

«Cid Ruiz Diez so que yago enterrado é venci al rey Bucar con treinta y seis reyes de paganos. Estos treinta y seis reyes, los veinte y dos murieron en el campo, vencilos sobre Valencia, desde yo muerto encima de mi caballo. Con esto son setenta y dos batallas que yo venci en el campo. Gané á Colavia y á Tizona, por ende á Dios sea loado. Amen.»

La *Tizona* y la *Colada*, son las dos célebres espadas que usó el héroe durante su vida. La primera se conserva hoy en poder de los marqueses de Falces, en cuya casa yace vinculada esta joya arqueológica. La segunda se guarda en la Armería real de Madrid. El estado de la *Tizona* es bastante bueno, la empuñadura es de hierro enteramente negro, la hoja de dos filos, delgada, tersa y flexible. La vaina es moderna. Sirve aun para que sobre ella tomen hoy posesion de sus Estados, dichos marqueses de Falces. En la hoja se lee, *Esta tizona fue fecha en la era de mil y cuarenta.*

Desde la época del Cid hasta nuestros días, se han ocupado de este héroe los historiadores y poetas mas famosos de casi todos los países de Europa. A mediados del siglo XV, se escribió un poema titulado *El Cid*, obra notable por mas de un concepto. El padre Risco publicó una historia de este personaje. Guillen de Castro escribió una tragedia con el mismo título, composición notable que inspiró á Corneille su célebre tragedia. Últimamente el señor Huber, uno de los mas acreditados profesores de la universidad de Berlin, ha publicado una crónica del Cid, señala todas de la admiración y respeto que supieron conquistarse en el mundo las virtudes que resplandecieron en el esforzado paladin, gloria de España y coloso de la edad media.

MANUEL JUAN DIANA.

VICTOR HUGO.

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

II.

Victor Hugo nació en una época escepcional: el imperio y sus colosales peripecias habían sofocado los gérmenes de inspiración que solo brotan entre la libertad y el reposo. Francia que, como hemos dicho, es antipática á la poesía grave, lo fue mas que nunca en la revolución y el imperio, porque la libertad no canta anegada en sangre ni las bayonetas suelen inspirar á las Musas. Burlóse, sí, alguna vez de sus tiranos, en el género que Beranger inmortalizó luego en sus canciones; y como el silencio absoluto es punto menos que imposible en naciones tan inteligentes y activas como la francesa, no faltaron al régimen imperial pseudo-Virgilio, ni Terencios que entretuvieran sus ocios... Estos ensayos fueron constantemente infelices, y sirvieron para hacer repugnante el clasicismo.—Este género vive solo de la perfección y necesita intérpretes como Voltaire ó Racine: desde que cae en manos de las medianías muere infaliblemente de inanición y fastidio.—El clasicismo languidecía, pues, y arrastraba una triste vida cuando Victor Hugo lanzó al mundo sus primeros acentos.

Un beau jour, como dicen nuestros vecinos los franceses, se anunció al mundo un acontecimiento literario; y ¡cosa rara! esta revolución en las letras tuvo su origen en una tragedia política. El puñal de Louvel hirió mortalmente al heredero del trono, y esta catástrofe inspiró á Victor Hugo su primera oda. El gran poeta no ha temido infancia en su musa; su inspiración fue, desde sus primeros acentos, gigante. Aquella poesía, que está al nivel del asunto, reveló al fin, un gran poeta á la Francia.

Poco despues, el nacimiento del duque de Burdeos inspiró su segundo canto al novel poeta. Esta oda no

cede en nada á la primera: el molde estaba en toda la integridad de su fuerza.—En aquella poesía enérgicamente sentida, se entrevió ya una gran novedad en el estilo. Los giros pindáricos en que se espacia la escuela clásica, toman en el nuevo lenguaje una forma concreta; á la vaguedad y ampulosa palabrería de la imitación clásica, sustituye una frase gráfica, individual, apasionada. El poeta bebe en su propia inspiración, y no se parece mas que á sí mismo; lo cual da á sus obras ese profundo carácter de originalidad que constituye el principal mérito de su estilo. Solo en Dante encontramos esa poderosa cualidad en el grado que nos la ofrece el autor de *Nuestra Señora*.

A las dos odas siguió un canto funebre á Luis XVIII marcado con la misma inspiración de culto y sentimiento monárquico. Los que, aconsejados por la preocupación ó la envidia, recuerdan estos hechos como una prueba de inconsecuencia política, olvidan sin duda que la juventud de Victor Hugo abría su alma á los sentimientos generosos... que la monarquía, como todos los grandes hechos sociales, hablan vivamente á la imaginación, á los sentidos, al paso que la razón, la experiencia y los amargos engaños, modifican ó alteran las primitivas inclinaciones. Lamartine, naturaleza esencialmente monárquica, fortalecida por la educación, y la raza, llega á convertirse en republicano sincero cuando la edad ha madurado sus opiniones. Otros hay que cambian en diferente sentido y de republicanos se convierten en monárquicos. Ni á unos ni á otros haremos un cargo por su mudanza con tal que sea disinteresada y honrosa.

Pero no es nuestro ánimo juzgar aquí al hombre político, ni nos es lícito penetrar en el santuario de la conciencia. Cúmplenos, sí, observar que en la rica mente del poeta todas las ideas adquieren vastas proporciones: la religión, la monarquía, la libertad, la razón, la justicia, la civilización, el progreso; todos los grandes sentimientos, todas las grandes verdades, hallan en él un intérprete vigoroso. Desde que, inspirado por el amor y la naturaleza, fuentes eternas del sentimiento poético, brotan de su pluma aquellas riquísimas joyas que forman su primera colección de las *Odas y baladas*, hasta que trabajado por los años y agriado por el infortunio, vacía en el molde de su alma, las grandes épocas de la historia, hay una distancia que apenas se atreve á recorrer la crítica por mas que ofrezca una provechosa enseñanza.

Las primeras poesías (¿quién no las recuerda?) de Victor Hugo, rebosan en gracia, originalidad y pasión. El amor, ese germen universal de poesía, toma en su boca acentos mas apasionados y nuevos: la naturaleza le inspira observaciones originales y se reviste con los colores y los sentimientos del poeta: ¿hay nada tan bello como el siguiente pensamiento inspirado por la contemplación de una noche estrellada?

Si en las calladas horas de la noche
Contemplo absorto el estrellado cielo,
Y aguardo con terror algun ruido
Que me descorra el misterioso velo,
El tiempo corre con silencio mudo,
Y, en éstasis sublime, pasar veo
Los nuevos mundos que mi vista inmóvil
Descubre al asombrado pensamiento
¿Cuántas veces creí que aquellos soles,
Aquel mundo dormido, aquellos cielos,
Visibles solo á mí se revelaban
Como á señor de su brillante imperio:
Que, vana sombra oscura y taciturna,
Era el rey de aquel vasto firmamento,
Que, al encender sus nuevas luminarias,
Me obsequiaba con plácido festejo!

¿Y qué entusiasmo iguala al que respiran los siguientes versos?—

Angel de amor, ¿qué vale una corona,
Un carro, un cetro, un pueblo de rodillas,
Cien puertos, de comercio rico emporio,
El mar cubierto de veloces quillas,
Comparado á la cética mirada

De mi bella Leonor?

Si fuera Dios, el aire con sus ondas,
La tierra entera de criaturas llena,
De ángeles y demonios mil legiones
Sumisos á mi ley;
El caos profundo y sus entrañas hondas,
La eternidad, el mundo, los espacios,
La existencia, la nada, hasta mi esencia
Cambiará por tu amor.

Sí, despojada de la belleza del ritmo y de los inespliables encantos del original, conserva esta composición bastante fuerza para distinguirse de las obras vulgares, fácilmente adivinarán nuestros lectores toda la belleza de este lindísimo juguete.

No menos bellas son la mayor parte de las poesías contenidas en las *Odas y baladas* y en las *Hojas de otoño*. Estas forman, á nuestro juicio, con los *Cantos del Crepúsculo*, el mejor título de gloria en los blasones del poeta. Abundan allí en admirable profusión las raras prendas de estilo que lo caracterizan; nervio, concisión, nobleza, sencillez, elegancia, originalidad en la dicción y en la frase. La construcción de esta es siempre esme-

rada y perfecta: los giros rápidos, elevados y atrevidos; la entonación sostenida y robusta. Es la poesía varonil y enérgica por excelencia... Y sin embargo, ¡qué fondo de melancólica dulzura respiran algunas de sus lindísimas composiciones! ¡Cómo se pliega aquel enérgico talento á las inspiraciones del amor y del cariño paternal! ¡Qué reflejos tan vivos ofrecen algunos de sus cuadros de la tranquila dicha con que le brinda el hogar doméstico! La poesía griega, en su mayor perfección, no iguala tal vez la belleza de aquellos idilios, modelo acabado de sencillez y ternura que inmortalizaría por sí solo el nombre de Victor Hugo.

La poesía, mas que ninguna de las artes, tiene una época feliz en la vida del hombre. En Victor Hugo, poeta de extraordinaria precocidad, esta época comenzó en la adolescencia. Sus composiciones de niño y las de su primera juventud exhalan ese fresco perfume que rodea á los primeros años: el alma del poeta es semejante á la flor que se abre á los primeros rayos de la primavera. Mas tarde adquiere esa consistencia viril que da al estilo nuevas y diferentes cualidades, y entonces comienza esa nueva era de poesía que se confunde con una revolución literaria.

La nueva escuela, cuyo génesis hemos procurado explicar, necesitaba un jefe y saludó en tal concepto á Victor Hugo. La elección no pudo ser mas acertada: á la sombra y bajo la protección del gran poeta se ampararon y tomaron salvo conducto todas las extravagancias. La execrable medianía y la turba multa de aspirantes á genios remendaron sus capas con los girones de su púrpura; y, como acontece en toda gran novedad literaria ó política, al ruido de las trompas y entre las algazaras del vulgo, sacaron la cabeza y rodearon al ídolo la muchedumbre inmensa de bulldores parásitos. Entre estos habia hombres de verdadero talento que compartieron con su jefe la amargura de semejante amalgama. La asociación tomó el carácter de escuela y la literatura tuvo que vestirse de luto. Los hombres de escuela, como los hombres de pandilla, hipotecan su razón y toman prestado sobre sus ojos: en cambio, pobres ilotas literarios, reciben los ojos y la razón de la comandita. ¡Desdichado aquel que no hace la entrega por completo! Le sucederá lo que al caballo á quien el picador no ha tapado bien los



EL MORO HERIDO LLAMADO FALET, SE LANZA SOBRE EL CENTINELA EN EL HOSPITAL DE CEUTA (DE UN CROQUIS).



TIENDA DE UN JUDIO EN TETUAN.

ojos: verá el abismo y se precipitará en él á ciencia cierta. No conozco nombre para esta especie de tormento.

La moda y la emulación lanzaron á Victor Hugo al teatro, arena ardiente en que el poeta recoge sus mas deseados triunfos. El éxito de su primer drama no fue decisivo; pues aunque abunda en todas las grandes cualidades que reconocemos en el autor como poeta lírico, la contestura ó disposición de la obra no corresponde á las exigencias de la escena. La tragedia de *Hernani* es larga é inverosímil: su desenlace raya en lo imposible, en lo absurdo.—Y sin embargo, es la mejor obra dramática de Victor Hugo; superior á *Marion de Lorme*, *El rey se divierte*, *María Tudor* y algunas otras.

Aquí comienza en la carrera literaria del gran poeta la lucha titánica entre la verdad y el genio. Posponiendo la razón á la fantasía, sacrificando la historia y la verosimilitud á los grandes efectos, buscando á toda costa los aplausos y desatendiendo las mas nobles consideraciones del arte, aquel genio obcecado por el orgullo, desafía por mucho tiempo los sanos consejos de la crítica, arrastra impávido las amenazas de un público recalcitrante, ve amontonarse las nubes sobre su cabeza y se resigna á presenciar uno de esos terribles castigos que impone la opinión á los autores extraviados. *Le roi s'muse* fue el drama que colmó la paciencia del público, indignado del sacrificio de la historia en uno de sus mas nobles personajes y de la humillación del sentimiento nacional en el monarca mas simpático de Francia. Francisco I sacrificado á un vil bufon, era una prueba demasiado fuerte para la tolerancia francesa.

Abandonando, despues de esta dura lección el drama histórico, y consagrando sus tareas al melodrama, escribe Victor Hugo el *Angelo* y la *Lucrecia Borgia* que elevan el veneno á la categoría de primer resorte dramático.

¿Quién reconoce en semejantes extravagancias al poeta de inspiración pura y severa, al autor de *Nuestra Señora de París*, monumento imperecedero de la historia de las letras? ¿Ese libro en que, como dice un elegante crítico, obedece Victor Hugo á su múltiple vocación de arquitecto y poeta, de novelista y de historiador, que se alimenta á un mismo tiempo de invención y recuerdos?—En suma, Victor Hugo, hombre de cólera y de inspiración, fantástico y caprichoso como todo verdadero poeta, cariñoso y tierno en la expresión del amor, atrevido y pindárico cuando da sueltas á su genio, demoledor y absoluto en sus exageraciones poéticas, pero encaminado siempre por las regiones de lo bello, es inferior á sí mismo en las *Orientales*, que son

en último análisis una imitación de Byron, y resplandece con puro esplendor en las *Odas y baladas* en toda la espontaneidad y lozanía de sumusa.

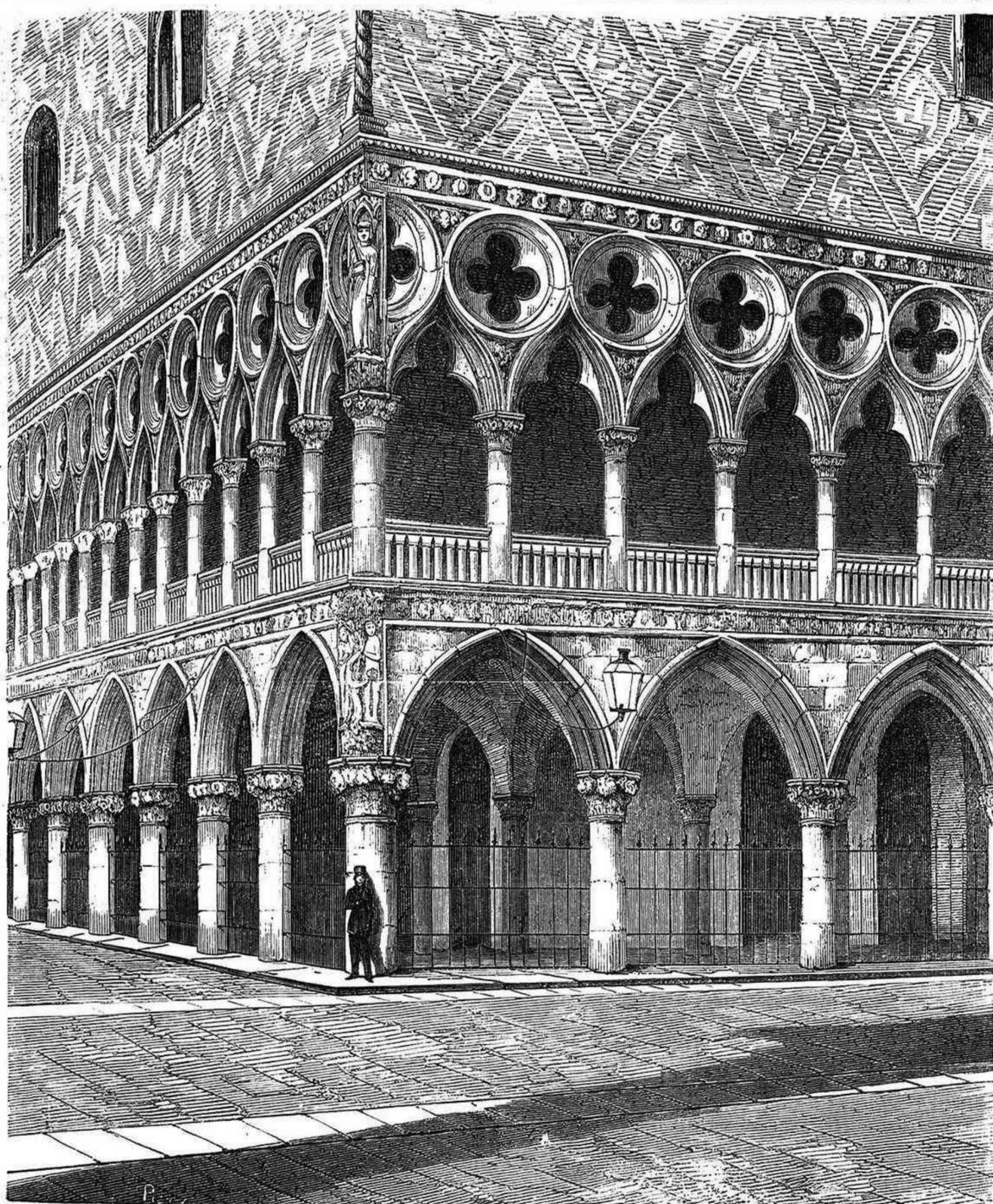
Pero, á nuestro juicio, donde mas se distingue el gran poeta, por la verdad del sentimiento y del colorido, es en las *Hojas de otoño*, libro lleno de encantadoras visiones, de cuadros deliciosos de interior que envidiarían Teniers y Van Ostade, de amenos paisajes, de risueñas praderías, de meditaciones originales y fantásticas. A esta colección pertenecen las dos lindas composiciones que hemos procurado trasladar al principio de este artículo.

Hoy nos proponemos examinar su último libro que lleva por título *La leyenda de los siglos*, tarea difícil que emprendemos en otro número con mas deseos que esperanzas de acierto.

RICARDO DE FEDERICO.

EL PALACIO DUCAL DE VENECIA.

Entre los múltiples monumentos que en la destronada reina del Adriático llaman perfectamente la atención del viajero, sobresale, así por su fábrica como por sus



PALACIO DUCAL DE VENECIA.

recuerdos históricos, el palacio ducal ó del dux en la gran plaza de su mismo nombre.— Ya existía aunque con mas severa faz y mas apariencia de castillo que de palacio en el siglo XII, cuando por orden del cuarto Candiano empezaba la completa reedificación, con arreglo á los planos de Calendario, que ágiles maestros supieron seguir mas tarde dignamente. Pero como siempre acontece en estas obras seculares, cada siglo fue dejando marcadas en el palacio ducal de Venecia, las huellas de su paso. Así en las ojivas del pórtico que le rodea, y en sus mas que esbeltas macizas columnas, bien á las claras se ve el primer período del arte llamado por los ingleses apuntado, y en los arcos conopiales de la galería superior y en los calados rosetones que se forman con la continuación de los conopios la tercera época de su existencia, así como en las cuadradas ventanas y angulosos recuadros de los otros pisos, el nuevo estilo del renacimiento. Compendio de la historia del arte durante mas de tres siglos, guarda el célebre monumento inapreciables tesoros para el artista; y su inmensa mole cubierta en la fa-

chada principal de mármol rojo y blanco levantándose sobre uno de los ciento cincuenta y siete canales que en varias direcciones cruce las venecianas islas, y apoyándose por otro de los lados en la antigua muralla, despierta en la mente del historiador que viviendo vida de siglos anima á los que fueron, tantos recuerdos, y tan grandes y tristes reflexiones, que abrumando la inteligencia solo dejan lugar al corazón para sentir.

Allí reuníase la célebre inquisición de aquel imponente Estado, tan grande en su exterior como de organización viciosa y deleznable; allí estaba encerrada toda su máquina administrativa, y en su piso mas alto el célebre triunviro durante los cuatro meses que ejercía su elevado rango, en los que ni aun á sus mas allegados parientes veía; su individualidad quedaba perdida; no era el hombre: era Venecia.

Aun subsiste por ventura la célebre puerta de la *Carta*, que enlaza el recuerdo de su existencia con el del dux Foscari, donde estaba su célebre estatua arrodillada delante de un león alado, con otras cuatro figuras emblemáticas representando sus virtudes, obra con razón alabada del maestro Buono que hoy se admira en las salas del Museo, establecido en el mismo edificio y en las habitaciones del *dux* hace menos de veinte años. La estatua se conserva no lejos del sitio donde su original vió



CARRUAJE DE VAPOR USADO EN INGLATERRA.

por última vez la luz del día.—Allí también se encuentra la galería del *Brodio*, donde los grandes de Venecia se reunían para tratar de los asuntos de la aristocrática república; la célebre escalera de mármol blanco en que se verificaba la coronación del *Dux* al día siguiente de su elección; y entre dilatados salones, ricos todos ellos en joyas artísticas á que dieron vida genios como Veronés y Tintoretto, sobresale la sala de las cuatro puertas donde se reunían los *dies*; sala entre cuyos magníficos frisos y cuadros se presenta el admirable *paradiso* del Tintoretto. No distante de ella los ecos de la sala del escrutinio parecen aun repetir las elocuentes palabras del Petrarca alzándose con enérgica peroración en la causa de los Carraresi; y la sala de armas con sus puertas de cedro del Líbano trasportadas á Chipre y de allí á Venecia, conserva en recuerdo ya que no en realidad por la devastadora invasión francesa, bustos de guerreros célebres, armaduras, y curiosos objetos de la antigüedad ó contemporáneos; pero todos de gran riqueza y aun algunos de notable historia, como acontecía con la armadura que Enrique IV de Francia llevaba en Arques y en Ibrí, remitida á Venecia por el mismo Enrique luego que ascendió al trono francés. La sala del escudo conserva con su nombre la memoria de aquella costumbre que recordando las de la antigua Grecia, colgaba en ella el escudo de armas de la familia del *dux* reinante, y a célebre del Consejo adornada con los retratos de los *duces* pintados por Tintoretto, cual fúnebre lección de la severidad veneciana, ostenta un marco vacío cubierto por negro crespon, y en lugar de pintura esta solemne y aterradora leyenda:

Locus Murini Falieri decapitati.

El palacio de los *duces* de Venecia, evoca santos recuerdos, alegres unos, tristes los otros, sombríos aquellos, pero tan grandes todos, que es imposible visitarle bajo el punto de vista artístico solamente: cada una de sus piedras conserva un recuerdo, y por eso hemos dicho que después de estudiarle, mas se puede ante su majestuosa mole sentir que analizar.

Quiera Dios que los amantes del arte preserven de la destrucción tan histórico monumento. Que á lo menos Venecia conserve sus palacios, ya que perdió la grandeza que en ellas se albergaba, y que no llegue un día en que solo le queden sus placeres y su hermosura; aquella hermosura y aquellos placeres que hicieron exclamar á lord Byron en *Childe-Harold*. «Veo salir á Venecia del centro de las ondas, como si la vara de un encantador la hubiera levantado en un momento: parece la Cibele de los mares con su tiara de orgullosas torres; majestuosa en su marcha como la soberana de las aguas. Sus hijas tenían por dote los despojos de las naciones, y el inagotable Oriente derramaba en su seno la lluvia de sus tesoros. Vestida de la púrpura convidaba á sus banquetes á los monarcas, que se enorgullecían con tan distinguido favor. Aquellos tiempos dejaron de existir; pero la hermosura de Venecia permanece. Los imperios caen, las artes desaparecen, mas la naturaleza nunca muere. No ha olvidado aun Venecia cuán apreciada fue en otros tiempos. Todavía es el centro de los placeres, la ciudad mas alegre de la tierra, el carnaval de Italia.»

R.

NUEVAS CARTAS MARRUECAS. (1)

(CONTINUACION.)

IV.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

Alabanzas al Eterno.—El señala el término de nuestros días.—El conoce nuestros secretos y es testigo de nuestras acciones.

Con el auxilio de Allah voy á comunicarte lo que sobre la venida de nuestros antecesores á estas tierras recuerdan los hombres de España. Oye antes, sin embargo, otras noticias.

La primitiva historia de la nación española se presenta envuelta entre las oscuras tradiciones que acompañan el confuso recuerdo de los tiempos mas antiguos.

Pero apenas el hombre docto puede reconocer la verdad al través de una dilatada serie de siglos, es seguro que la península formaba una abasha (reunión) de naciones diversas, porque sobre su suelo fueron aposentándose razas distintas, salidas de varios puntos de la tierra.

¿Cuál era, me preguntarás, el modo de vivir de estos hombres?

La guerra y el comercio fueron sus ocupaciones.

Puede suponerse además que, como á todos los mortales, el amor á los placeres debía alucinarles. Las mujeres, los niños, las riquezas, los hermosos caballos, los rebaños, los campos, serían los objetos de sus ardientes deseos, porque, como dice el profeta, tales son los placeres de la vida mundana, por mas que el asilo que Dios prepara al hombre sea mas delicioso.

Débiles al cabo de muchos años de goces, los descendientes de aquellas gentes no pudieron oponerse á la in-

vasión de nuestros progenitores, llevada á efecto en el año 92 de la hégira por facilitarla, segun se dice, los descontentos hijos de Ghithisa.

Pero ¿á quién consta la verdad de este aserto?

Solo Dios pudo saber el móvil de la invasión.—Es lo cierto que los musulmanes encontraron resistencia, y al contrario de lo que suponen los historiadores de España, los soldados del rey Roderico se defendieron como leones. ¡Ah! el ímpetu de la caballería musulmana solo el brazo del Todopoderoso le detiene. ¿Qué podían hacer hombres que habian echado en olvido el esmero en la cria del caballo y no amaestraban á este compañero fiel de la vida en los azares de las guerras? Aun ahora mismo, el principal defecto de los españoles consiste en no propagar los caballos y no conservarlos para sí en gran número.

¡Oh Allah! ¡bendecido seas! Los nuestros obtuvieron la victoria.

Pero ¿cuán diversos paraderos se atribuyen al rey de los vencidos?

Quiéren los mas que muriese ahogado en un rio; suponen otros que recogió las huestes consternadas retirándose á lo mas alto de las asperezas del occidente. ¿Por qué no habrá llegado á admitirse como cierta la tradición mas verídica? Héla aquí, y no carece de fundamento.

La batalla de Guadalete duró varios dias. Las tribus de Zenetah, de Masmudah, de Gomerah, de Khorash y otras, tinieron sus lanzas con la sangre de los enemigos, pero cubiertos estos de hierro é hiriendo desde lejos con las hondas, no cesaron hasta el sexto dia en que llenos los campos de cadáveres, solo Allah pudo contar el número de los que quedaron sin vida. La oscuridad de la noche protegió la salvación del caudillo cristiano que con un puñado de valientes se retiró del campo de batalla, prefiriendo medir la espada con nuestros antepasados en ocasion mas oportuna.

Mas ¡ay! que en una nueva escaramuza desaparecieron del todo los valientes que osaron desafiar el poder de los conquistadores. Soberano de los cielos y tierra es Dios, y sea que manifiesten los hombres sus corazones, sea que en sus mas recónditos pliegues se oculten altivos pensamientos, de ellos pedirá él cuenta y la equidad presidirá en sus juicios.

Prometida estaba á los árabes la tierra por herencia, Tres de los hijos de Ghithisa, Almondo, Romlah y Hartobas, se hicieron musulmanes, pero poquísimos fueron los cristianos que siguieron su ejemplo, porque bien pronto los tratados que se establecieron entre los árabes y los españoles, permitieron á estos la conservación de su ley, no quedando cautivos, ni separando á los hombres de las mujeres, ni á estas de sus hijos. Los oráculos de la Meca así lo habian predicho, pues las siete flechas sagradas se han agitado tambien alguna vez recomendando la paz, la tolerancia, la protección para los vencidos.

Preguntarás ahora ¿cómo siendo pocos los sarracenos vencieron en sus propios hogares á las gentes de esta tierra? No es que les asistiese el socorro de mil ángeles que prometió Mahomed á sus compañeros, pero tampoco podria decirte mi opinion con certeza. Quien pone su confianza en Dios, demuestra que es prudente y sábio.

Los terribles ángeles Monker y Nakir no se asentarán sobre el borde de su sepulcro para examinar las acciones de su vida (1).

V.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

Mientras uno de los conquistadores de España, Tarec, sojuzgaba el país de Tzogur ó de los aduares, y los soldados de su compañero Muza aseguraban con las armas la posesión de la parte oriental, se verificaba un suceso de que casi ningún historiador español se hace cargo, segun me han informado algunos hombres entendidos.

Hablo de la formación de una comarca cristiana tolerada por los vencedores, llamada tierra de Tdmir, porque muchos naturales se reunieron en ella y eligiendo á Tdmir (Teodemiro) por su rey después de la batalla de Guadalete, pensaron en rechazar de sus hogares las armas musulmanas.—Vano empeño.—El anciano Abdelaziz-ben-Muza, al frente de crecido número de balateros bereberes y de caballería africana, les dijo:—«La victoria ha asegurado la decisión de nuestra causa.—Dejar las armas es lo que os conviene.—Si volveis al combate nos hallareis preparados, pero sea cual fuere el número de vuestras tropas, no obtendréis una suerte halagüeña.—Por nuestra parte, no tememos la pelea, porque escrito está que quien volviere la espalda al enemigo, á no ser que sea para combatir ó para rehacerse, será entregado á la cólera de Dios, y vivirá en el infierno, morada de miseria.» (2)

Entonces fue cuando entre vencedores y vencidos, se

(1) Fábulas alcoránicas.—Los talmudistas admiten creencias parecidas á las nacidas de las fantásticas imaginaciones de los árabes. Cuando muere un hombre, dicen, el ángel de la muerte viene á asentarse sobre su sepulcro, y el alma se reúne al cuerpo, levantándose el paciente. El ángel le examina, y si es culpable le azota con una gruesa cadena cuyos eslabones unos son de hierro y otros de fuego. (Thalmut.)

(Nota de la redacción.)

(2) *Coran*: versículos del capítulo VIII, dado en Medina.

(Nota de la redacción.)

ajustó el siguiente tratado de paz, de que se conserva memoria en algun manuscrito árabe que todavía existe:

«En nombre de Allah el misericordioso y el clemente.—Este es el tratado de Abdelaziz-ben-Muza con Tdmir-ben goblos (hijo de los godos), por el cual se le concede paz, y es pacto y convenio de Allah y del Profeta que no se le atacará ni tampoco á los suyos, que no se le quitará ni desterrará del reino, que los creyentes no matarán, no aprisionarán ni separarán á los cristianos de sus hijos, ni de sus mujeres, que no los obligarán á cambiar de religión, conservándoles las iglesias, sin pactar otras condiciones. El gobierno de Tdmir se estenderá pacíficamente sobre estas siete ciudades, á saber, Aurualet, Balentolat, Locant, Mula, Biscaret, Atzhi y Dorcat (1), sin poderse apoderar de las vuestras, ni auxiliar á nuestros enemigos ni guardar en secreto sus intentos. Tdmir y sus gentes pagarán un tributo anual de un dinero de oro, cuatro medidas de trigo, otras cuatro de cebada, de vino cocido, de vinagre, de miel y de aceite, y este tributo le pagarán solo por mitad las gentes del campo y los esclavos.—Firman este escrito á 4 de redjeb del año 94 de la hégira Otman-ben Abi-Addah, Habid-ben-Abi-Obeida, E. is-ben-Maicera, Abul-Casem-el-Mozeli.»

Si pues Tdmir reinó entre los godos después de la batalla de Guadalete ¿por qué no vuelven á hablar las historias de ningún caudillo cristiano hasta que Belajj (Pelajo) se descolgó de las montañas del septentrion sobre los mus lmanes, como lobo sediento de sangre?

Solo te diré que hé encontrado ya durante mi peregrinación, muchos sujetos afectos al recuerdo de la antigüedad y que conservan objetos curiosos pertenecientes á nuestros bisabuelos. Quién tiene en su poder cántaros moriscos, quién conserva monedas de los antiguos califas. En estos dias me han enseñado un *saphi* (talismán) que contará acaso mas de cuatrocientos años de fecha, y así decia:

«Yo estoy entre el cielo y la tierra.—En el nombre de Dios que me ha hecho, y me enseña todo, misericordia.—En el nombre de todos los ángeles, y especialmente del ángel *Javar* y del ángel *Jesir* y del buen Al-Corán, me dé paciencia, y sea siempre en mi compañía.—¡Oh! Dios bendito que tanto me amas, os ruego que yo quiera el mal á mi prójimo que él me quiere á mí: volvedle el contra cambio, ó la recompensa.—¡Oh! Dios ben lito guardame del diablo, de malos tiempos y de malos aires.—¡Oh! Dios mio haced que yo, siendo un pobre hombre, el buen Al-Corán me guarde.—*Chef Hain, Sat*, me guarden.—*Hamiem, Hain, Chef, Saitin*.—En nombre de Dios misericordioso, que de ninguno teméis, aseguradme, y guardadme de todos los animales, de todos los diablos nocturnos; y mostradles vuestro poderío.—¡Oh! Dios, guardame de aquel ángel serafin, que cayó todo afligido sobre la montaña, y desde entonces directamente llora.» (2)

(Se continuará.)

COCHE DE VAPOR PARA CAMINOS

ORDINARIOS.

No há mucho tiempo fue presentado á la reina Victoria, al príncipe Alberto, y la real familia de la Gran Bretaña, un carruaje de vapor inventado por Mr. Rickett, de Castle-Foundry, Buckingham, y destinado á correr por caminos ordinarios. Está construido para el servicio particular, y tiene el espacio suficiente para tres personas sentadas delante, y para un maquinista que ocupa la parte posterior. Su construcción es tal, que le permite correr, por término medio, con una rapidez equivalente á diez millas por hora; pero en caminos de buenas condiciones, se han recorrido sin dificultad hasta diez y seis millas, en igual espacio de tiempo. Cuando se suben cuestas escarpadas, se hace uso de un manubrio, sin detenerse, y entonces la potencia aumenta dos veces y media, si bien queda reducida la velocidad á cuatro millas por hora, en las cuestas cuya inclinación es de 1 por 10. El vehículo está montado sobre tres ruedas, cada una de las cuales tiene resortes independientes: una de pequeño diámetro, colocada en la delantera, sirve para dar al aparato la dirección que se desea, y dos detrás, de las que, una ó ambas á la vez, están destinadas á la propulsión; pues una está sujeta á la lanza, y la otra se maneja por medio de un agarradero, de modo que cuando se dejan libres, el carruaje puede girar sobre sí mismo, sin detenerse. Dirigese fácilmente merced al manubrio de la rueda pequeña, que ocupa el centro del asiento delantero, al paso que las traseras se rigen por una palanca desde el asiento; así, pues, la máquina se mueve enteramente á discreción del que la dirige.

(1) Probablemente Orihuela, Valencia, Alicante, Mula, Bijerra, Aspis y Lorca. No nos atrevemos á asegurarlo, pero el tratado existió y aun podemos añadir que el orientalista Casiri publicó su texto arábigo.

(Nota de la redacción.)

(2) Esta oración tan incoherente como ridicula contra las brujerías, los malos tiempos, los malos aires, etc., que llevan consigo los mahometanos, variando en redacción de muchas maneras, mas bien tiene un carácter turco-árabe que no morisco, á cuya raza parece se refiere el autor de las *Cartas*.

(Nota de la redacción.)

(1) Véase el número 7 del Museo Universal del corriente año.

El aparato está dispuesto sobre un depósito de agua, que forma un cuadro tubular resistente; la caldera está encima, y el conjunto ocupa el espacio comprendido entre esta y el depósito, perfectamente á cubierto del polvo y lodo, y al alcance del maquinista. El depósito contiene noventa *gallones* de agua, cantidad bastante para una arrera de diez millas. La caldera es de hierro, y está construida de manera que no experimenta perjuicio alguno por los desniveles del terreno, pues resiste una presión de ciento cincuenta libras, y suministra vapor á un par de cilindros; la evaporación es con corta diferencia, de un *gallon* y medio de agua por minuto, y se consumen de ocho á diez libras de carbon por milla. El peso de la máquina y el coche, con los pasajeros y la correspondiente cantidad de agua y carbon, representa dos toneladas y media.

Puede formarse alguna idea de la resistencia que al mecanismo oponen los caminos ordinarios, reflexionando que, para mover una tonelada por ellos, se necesita tanta potencia como para conducir quince ó veinte por los ferro-carriles; y en esta máquina, para arrastrar su peso máximo á quince millas por hora, sobre un terreno igual, se requiere una fuerza de diez caballos; pues esta gran potencia y el poco peso, son condiciones indispensables en las máquinas de que hablamos. Ninguna dificultad grave se ha experimentado al construir las. Algunas veces, los caballos de pocos años, se espantan cuando las ven detenerse de repente; y cuando esto ocurre, el ruido y el humo desaparecen por completo.

Anúnciase que algunas de estas máquinas serán enviadas en breve á Bélgica; entre tanto, en Buckingham se prosigue la construcción de otras.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLÉS

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

Por lo que á mí respecta, si he de decir mi opinión, la tengo por uno de los edificios mas altos que actualmente pueden hallarse. El rey hizo además retirar á muchos hombres de letras, comerciantes y artesanos, mandando que á los habitantes, además de la ganancia que les reportase su trabajo, se les proveyese de cierta cantidad de mercancías. Por este medio, muchas personas de diferentes oficios y condiciones, atraídos por la esperanza de esta liberal oferta, acudieron en gran número para establecerse allí. Así es que poco tiempo después se convirtió en una de las mas nobles ciudades de Africa, y el pueblo duplicaba su numero, pues negociaba sobre las provisiones del rey y con lo que traficaba con los cortesanos y soldados, porque Mansor permanecía allí desde principios de abril hasta setiembre.

Y como la ciudad padecía mucho por la gran escasez de agua (á causa de que la del mar se mezcla con la del río que sube hasta cerca de dos millas, por lo cual hasta la de los pozos es salada), Mansor hizo llegar agua dulce de una fuente que distaba de allí doce millas, por medio de un conducto fabricado de sillería y construido sobre un arco, con no menos industria que la que en nuestros días se observa en Italia, y hasta en la misma Roma. Este conducto está dividido en dos partes, por las cuales el agua llega hasta los templos, colegios, palacios de los señores y fuentes públicas de la ciudad, la que después de la muerte del señor empezó á decaer y despoblarse de tal modo, que apenas quedó la décima parte de sus moradores; y hasta ese mismo conducto, tan suntuoso como útil, quedó arruinado en las guerras de la familia de Marín contra la de Mansor; hoy apenas hay cien casas habitadas, pues el terreno de las demás se ha destinado al cultivo. Así es que toda la parte habitada se reduce á dos ó tres calles inmediatas á la fortaleza, con algunas miserables tiendas.

Rabat y Salé se confundían antiguamente por su alianza en la piratería, que ejercían en comun. Eran independientes, pero reconocían la soberanía del emperador y le pagaban un pequeño tributo.

El emperador Sidi-Mohamed sometió estas dos ciudades y las agregó á su Imperio, lo cual fue un golpe mortal para los piratas. Posteriormente el puerto se obstruyó en tales términos, que les fue imposible proseguir en su oficio con algun fruto, porque no pudieron refugiarse en él.

Rabat está rodeada de una gran muralla, defendida por tres fuertes mandados levantar por un renegado inglés, y artillados con piezas enviadas desde Gibraltar. Las casas en que habitan algunos ricos, son en general de buena construcción. Los judíos son numerosos, y su situación es allí mejor que en Larache y Tánger, y sus mujeres son mucho mas hermosas que todas las del resto de Berbería.

El castillo de Rabat es espacioso, y en su interior hay un gran edificio donde el emperador Sidi-Mohamed encerraba su tesoro. Desde su hermosa azo'ea se descubre á Salé, el Océano y una gran extensión de país.

Un antiguo y ruinoso palacio de Rabat, fue construido segun se dice, por Jacob Almanzor, uno de los primeros emperadores de Marruecos: de él no quedan ya sino las cuatro paredes, de que se ha sacado el partido para hacer

un polvorin y custodiar algunos efectos militares. En la parte exterior de este palacio se ostenta una torre cuadrada de piedra, llamada por los moros *Torre de Hasen*, á causa de su gran altura. La admiración que les escita, á pesar de no ofrecer nada de particular, prueba hasta qué punto han perdido el buen gusto en arquitectura y caído de su pasado esplendor.

La desagradable necesidad de haber de atravesar un país horroroso, sin un compañero á quien comunicar sus ideas, y la certidumbre de tener que andar todo un día tres millas por hora, en una estación en que la frescura de la mañana y de la noche son muy malsanas á causa del sofocante calor del día, atormentaron de tal modo el ánimo de Lemprieres, que salió de Rabat hondamente contristado, tomando el camino de Darbeyda, primera población que se encuentra yendo á Mogador. Pero el buen tiempo que hasta entonces le habia favorecido, cesó de repente.

Al salir de Rabat, la serenidad del cielo prometia la continuación del buen tiempo; pero solo duro lo necesario para atravesar sin inconveniente los tres riachuelos Hicrumb, Sherrat y Bornica, que después de las grandes lluvias se convierten en rios profundos y rápidos; y aun durante cierta época del año no pueden pasarse sino en barcas ó en las balsas, que la completa falta de puentes hace muy comunes en Marruecos.

A las cinco de aquella tarde, estalló una tormenta acompañada de truenos, relámpagos y un impetuoso viento. La lluvia no cesó hasta el día siguiente, y el doctor no pudo ponerse en camino antes de las diez de la mañana, porque fue preciso secar la tienda, que empapada como lo estaba, hubiera sido un peso superior á las fuerzas de las mulas, harto cargadas ya con los demás aprestos de viaje. No obstante, partió á tiempo de llegar antes de las doce al castillo de Mensooria, del que solo quedan algunos trozos de muralla y una arruinada torre. Lemprieres supo por los soldados de su escolta, que un príncipe de sangre real habia residido allí en otro tiempo, pero que una rebelión le habia obligado á huir. El emperador reinante habia mandado arrasar la fortaleza.

Saliendo de Mensooria para Fadala, llegó aquella noche, después de haber vadeado el Infecic. Las obras comenzadas en Fadala en diferentes épocas, nunca han llegado á su fin, y son un monumento eterno de la indolencia de los emperadores marroquíes. Fadala está rodeada de una antigua fortificación, y tiene una mezquita, único edificio terminado. Los habitantes, pobres como los de Mensooria, viven en miserables cabañas. A la derecha de Fadala se ve una especie de palacio, edificado por orden de Sidi-Mohamed, donde este pernoctaba cuando pasaba por aquel camino.

A las seis de la noche Lemprieres entró en la triste ciudad de Darbeyda, habiendo atravesado desde Rabat un terreno inculto y pedregoso. Pasó el Darbeyda por un puente de dos arcos, el único de construcción moderna que el doctor vió en Berbería.

Darbeyda es un pequeño puerto de mar de poca importancia: en su bahía pueden anclar sin peligro buques de gran porte y con carga, excepto cuando reinan los fuertes vientos de Noroeste, que los esponen á ser arrojados contra la costa.

El gobernador Darbeyda recibió muy bien al doctor y le regaló algunas aves para la cena procurándole además un regular alojamiento aquella noche.

El 10 de octubre Lemprieres salió para Azamora, situada á cincuenta y seis millas de Darbeyda, siéndole preciso, al fin de la segunda jornada y antes de entrar en la ciudad, atravesar el Morbeya. Azamora está edificada hácia el Mediodía, á la embocadura de este río, tan ancho y profundo allí, que solo en barco puede atravesarse.

El camino de Darbeyda á Azamora solo presentó á la vista de nuestro viajero tierras estériles y una no interrumpida cadena de peñascos, que forman una perspectiva altamente monótona y triste.

Azamora tiene un reducido puerto sobre el Atlántico, á la embocadura del Morbeya. Esta ciudad es bastante importante, pero no tiene ningun edificio público; su situación es triste, y sus habitantes parecen miserables. La pesca era para ellos, en tiempo de Leon el Africano, un gran elemento de riqueza. El Portugal, después de una desastrosa tentativa para apoderarse de Azamora, consiguió tomar este puerto, que casi le fue entregado por los judíos que en gran número lo habitaban; pero poco después cayó de nuevo en poder de los príncipes berberiscos.

El 13 de octubre Lemprieres marchó á las ocho de la mañana á Saffy, á donde llegó en la noche del 13. El país que atravesó era inculto y estaba lleno de piedras, como el que ya habia recorrido.

Al salir de Azamora, vió á Mazagan á la derecha del camino. Esta es una plaza que el emperador Sidi-Mohamet arrebató á los portugueses, que no se defendieron sino el tiempo necesario para llevarse los efectos de algun valor, hecho lo cual evacuaron la población.

El día de su llegada á Saffy, el doctor pasó cerca de las ruinas de *Muley-Ocom Monsor*, llamadas *Din Medina Rabacra*, y que eran en otro tiempo una importante ciudad, pero ya no se veía allí sino algunos jardines y unas euntias cabañas habitadas por soldados negros inválidos. Estos escombros estaban rodeados de una gruesa muralla.

Saffy, situada al pié de una montaña escarpada, es un puerto de mar. La ciudad es pequeña y solo se hace notar por un palacio de bastante buen aspecto, que los hijos del emperador habitan algunas veces; por la parte del Norte está defendida por un fuerte inmediato, y la rodean muchas montañas cubiertas de bosques. Saffy hacia un gran comercio con Europa, antes de haber el emperador Sidi-Mohamet obligado á los comerciantes europeos á establecerse en Mogador. Su rada es segura, excepto cuando reinan los vientos de Oeste, cuya violencia es tal que arroja los buques contra la costa.

(Se continuará.)

LOS POBRES DE SAN BERNARDINO.

El que quiera formarse una idea, aunque incompleta, de lo que era la mendicidad hace algunos años en España, y principalmente en las capitales y grandes centros de población, no tiene mas que salir á darse un paseo por el interior de Madrid el jueves y viernes Santo, y verá que, á pesar de los bandos de la autoridad local, de la esquisita vigilancia de sus agentes, y de los castigos que en mil ocasiones ha tenido que imponer aquella por infracción de sus mandatos, verá, repetimos, invadidas las aceras de las calles de mas tránsito, las puertas de los templos y los paseos, por una multitud de mendigos de todos sexos y edades, que con sus voces plañideras asordan los vientos, produciendo en el ánimo del transeunte acaso tanto disgusto como compasión; porque si los sentimientos cristianos se despiertan fácilmente en el hombre á la voz de la naturaleza que sufre, y la verdadera beneficencia siente mas que piensa, la idea de que aquellos seres desgraciados lo son, en su mayor parte, porque así lo quieren, detiene en ocasiones los impulsos del corazón mas propenso á socorrer al prójimo.

Con harta razon, pues, se admiran y se admirarán siempre aquellos retratos de mano maestra, pintados por nuestros grandes escritores clásicos, de pobres desaharrapados, sucios, desnudos y repugnantes, que no ya al-ladamente, sino organizados en corporaciones y cofradías, con sus jefes y ordenanzas especiales, eran verdadero cáncer de la sociedad y un peligro de que constantemente se veía esta amenazada. De allí salían los Monipodios, los Chizquinaques, las Escalantas y las Gananciosas de nuestro inmortal Cervantes; de allí los rufianes, los rateros y todo linaje de gentes perdidas, cuyas hazañas ha descrito con singular chiste nuestro don Francisco de Quevedo. Academias habia, y no seria difícil tropezar aun en esta corte con algunos restos de ellas, en donde se ejercitaba al beneficio en toda suerte de truhanerías y maldades; desde el asalto al bolsillo del distraído, hasta el escalamiento de los balcones y la fractura de puertas y cerrojos; desde el manejo de la navaja, hasta el de la ganzúa; desde el silabario de su jerga, hasta los secretos mas recónditos del ramo del arte á que la vocación de cada uno le inclinaba. El niño, que apenas soltaba los andadores y que balbuceaba mal el nombre de Dios y el de sus padres, era iniciado en el horrible lenguaje de la hampa; el candor de las niñas parecia marchito, como su cuerpo, antes de haber salido de la infancia; y cuando estas llegaban á la adolescencia, todas las señales de una vejez, ó mejor dicho, de una decrepitud prematura, sellaban su frente con una marca de infamia, haciendo á veces oficio de Celestinas, quizás antes de que su inteligencia pudiera comprender el abismo de la degradación á que las habia conducido la falta completa de principios morales y religiosos.

La haraganería, el vicio y el crimen tomaban diferentes disfraces con que engañar al mundo y moverle á piedad; ya el beodo se instalaba con un par de muletas en una esquina, fingiéndose inválido de la guerra; ya el holgazán pretestaba para pedir limosna la falta de un trabajo, que no faltaba, y que él no habia buscado ó querido admitir; aquí una moza entregada tambien á la embriaguez y al escándalo, cuando la necesidad la apuraba aturdia una calle, fingiendo ataques epilépticos ó cubriéndose el rostro con parches y vendajes, de que no habia menester mas que para representar su farsa; allí mostraba otro sus piernas buenas y sanas, llenas de costras, de llagas artificiales, confeccionadas en los bodegones, en las tabernas, en los pajares ó en sus ruines viviendas, que causaban á la vez horror, compasión, y asco.

Hoy, á Dios gracias, y por mas que se declame y se intente negar los beneficios que se deben á las instituciones modernas y al progreso de los tiempos, sino ha desaparecido por completo el espectáculo de tantas miserias, con orgullo pueden establecerse comparaciones entre lo que se observa y lo que anteriormente sucedia.

La caridad, ó llámese, si se quiere, la filantropía, pues para el caso es lo mismo, acoge en nuestra época bajo su manto protector á todos los que á ella acuden, y sus gloriosos triunfos se descubren desde luego sin mas que saber que no hay pueblo, por miserable que sea, que no destine parte de sus recursos y los que le proporcionan las sociedades benéficas y los particulares, al alivio de los seres desvalidos.



LOS POBRES DE SAN BERNARDINO.

Estas reflexiones nos conducen naturalmente á destinar unas cuantas líneas á los pobres de San Bernardino, objeto especial del presente artículo.

Un hombre ilustre, un amigo generoso de la humanidad, una persona cuyo nombre está grabado en la memoria y en el corazón del vecindario de esta corte, el mismo que tanto influyó en la creación de la *Caja de ahorros de Madrid* y algunos otros establecimientos benéficos, el señor don Joaquín Vizcaino, en fin, marqués viudo de Pontejos, con el auxilio eficaz de las autoridades y la cooperación de otras personas celosas y caritativas, tuvo la gloria de ver planteada en el corto espacio de quince días la casa que hoy lleva el nombre de *Asilo de mendicidad de San Bernardino*; pues la real orden de creación, según vemos en las *Escenas Matritenses* del señor Mesonero Romanos, observador concienzudo de las costumbres de esta corte, se espidió en 3 de agosto de 1834, y el 18 de setiembre del mismo año entraron mendigos en el nuevo establecimiento; fenómeno, exclama con razón dicho señor Mesonero Romanos, que acaso no tiene ejemplo en nuestra España. «El establecimiento, añade, admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos los mendigos á quienes se encuentra pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellos que llevan siete años de residencia en Madrid y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstancias, se les considera como forasteros, y después de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza.»

Una vez recogido el mendigo, allí se le proporciona alimento, vestido, enseñanza de un oficio, si no tiene ninguno, y si lo tiene, ocupación en los talleres de la casa, ó en el servicio interior de ella, así á los hombres como á las mujeres, y á cada cual según su edad, su aptitud y su inclinación. Porque la sociedad al tender su mano al menesteroso de derecho ha conquistado á una compensación por parte de este; compensación que, en rigor, no merece tal nombre respecto de algunos de los acogidos, á quienes se dispensa un doble beneficio admitiéndolos y transformándolos de hombres intemperantes, de mal vivir, perezosos y sin amor al trabajo, en hombres sóbrios, honrados, activos y laboriosos.

En cuanto á los servicios que prestan fuera del *Asilo*, uno de los principales actualmente es la asistencia con hachas á los funerales, mediante una retribución siempre módica. Antes recogían limosnas dando lumbre á los

fumadores, á cuyo efecto llevaban en la mano una mecha encendida; ahora, es decir, desde que el coste de los fósforos se ha puesto al alcance de todo el mundo, no puede ya contarse con el espresado recurso (1). Con razón podría exclamarse, parodiando aquel célebre epigrafe de Víctor Hugo: *Esto mató á aquello*.

No obstante las reconocidas ventajas del Establecimiento que nos ocupa, doloroso es decir que para hacer que algunos mendigos ingresen en él, ha habido necesidad de emplear la fuerza. Siempre recordaremos una escena de este género ocurrida años hace en la calle de Jacometrezo. Al pasar por ella nos llamó la atención un gran corrillo que impedía enteramente el tránsito, y del cual salían voces desgarradoras de mujer que alarmaron á toda aquella parte del barrio. Nos acercamos al grupo, y vimos, en efecto, una mujer, decimos mal, una furia llena de andrajos, desgreñada, llorosa y sofocada, que lanzando horribles gritos, luchaba por desasirse de las manos de un municipal, á quien, á pesar de tratarla con la mayor dulzura, dirigía mil improperios que él sufría con estóica paciencia. Preguntando el motivo de semejante escándalo, nos dijeron que no era otro que el querer llevar la pobre aquella á San Bernardino, según estaba mandado.

Los hábitos de vagancia y de viciosa independencia son causa de que muchos mendigos no acudan al *Asilo*, gustándoles más importunar á todo el mundo para recoger unos cuartos con los que pagan su cotidiano tributo á la taberna, que disfrutar las comodidades y sosiego que en aquel proporciona á otros su aplicación y su buena conducta.

Si ahora quereis ver al pobre de San Bernardino fuera del *Asilo*, que es donde el autor le ha visto muchas veces, venid conmigo á la puerta de una iglesia cualquiera donde haya funerales. Pronto le conoceréis, no puede confundirse con ninguno de los concurrentes, porque tiene su uniforme especial costeado por el Establecimiento. Esos doce hombres que están delante de la puerta del templo, con sombrero encerado en el que se ve el número de cada cual, blusa azul y en la mano un blándon de madera que termina en un receptáculo de latón para recoger la cera que chorrea el hacha que arde en su centro, esos son los pobres de San Bernardino.

(1) Quien desee más pormenores puede consultar en las *Escenas Matritenses* el artículo titulado: *Una visita á San Bernardino*.
(N. del A.)

El que ya los conoce, si nunca se ha detenido á meditar en la obra de misericordia que practican á cada paso, al distinguirlos volverá los ojos á otro lado como si viese unos pájaros de mal agüero; pero el que reflexiona un momento, y sabe que todos los que se llamaban amigos del difunto, que todos sus deudos, que todos sus parientes, que todas aquellas personas á quienes en vida colmó de beneficios, todos ó casi todos abandonan sus restos mortales, y si algunos los acompañan es más que por un acto espontáneo de piedad cristiana, de gratitud ó de amistoso deber, por un impulso de vanidad ó por compromisos á que no siempre puede faltarse en sociedad; si esto reflexiona y esto sabe, verá que el pobre de San Bernardino es el único que muchas veces paga tributo á la memoria del muerto, precediendo silencioso al carro fúnebre, y rezando un Padre Nuestro y un Ave María al descubrir el cadáver al borde de la sepultura, donde le espera el enterrador para tapar con una paletada de tierra aquella cabeza en que ya no arde el pensamiento, y que ha principiado á dormir el largo sueño, de que solo la gran voz de la eternidad de la gloria, ó de la eternidad del castigo, ha de despertarle.

No quisiéramos, sin embargo, haber oído en varias ocasiones la siguiente pregunta, cuando todavía resuenan las últimas palabras de la oración por el alma del finado:

—¿Hay algo para los pobres de San Bernardino?

Porque esta pregunta quita parte del mérito á la acción laudable que acaban de ejecutar acompañando al difunto hasta el lugar de descanso. Si algo les disculpa, es que, como es sabido, en el viaje á la eternidad, todo además de pagarse, cuesta un sentido; de manera que casi ni morirse puede el que es pobre.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Dios ha dado al hombre la palabra para disfrazar el pensamiento.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.